

La Protesta

PRECIO 5 Cts.

PUBLICACION ANARQUISTA

PRECIO 5 Cts

DIRIJASE LA CORRESPONDENCIA AL ADMINISTRADOR DE "LA PROTESTA" — CORREO. CASILLA No. 1181

AÑO IV

LIMA (PERU), 3 DE OCTUBRE DE 1914

No. 33

Arbitrariedad Policial

No pretendemos hacer desde aquí, una violenta defensa de los compañeros Antuñano y Montoya, presos y arbitrariamente procesados.

Los que hemos nacido y vivimos en el Perú, estamos habituados a ver diariamente exacciones, abusos y tropelías cometidos por las autoridades contra la propiedad, la seguridad y el honor personal de los ciudadanos, con intenso y profundo agravio a la colectividad.

Los atropellos y el despotismo sin límites, no tienen en este país carácter de un daño transitorio, como resultado de un período de lucha é intrínseca, sino que son estables y de aspecto permanente.

Los funcionarios públicos, desde el más insignificante hasta el de más encumbrada jerarquía, violan y escarnecen las leyes, de las que se dicen ser los más fieles guardadores.

Los derechos de asociación y petición, que nos acuerda la carta fundamental, son letra muerta cuando está de por medio el interés patronal, la intransigencia del clero ó el capricho sultanesco de alguna autoridad.

I, esas violencias, esos atropellos brutales é inauditos, sin respeto á las garantías individuales y á la condición humana, se han exteriorizado una vez más en la captura de nuestros compañeros traídos á Lima, presos y maniatados como dos criminales vulgares. La detención de nuestros compañeros en el valle de Carabayllo, ha dado margen para un desborde de falsas suposiciones, sin base de observación ni estudio.

Partiendo de un errado concepto y con un completo ó fingido desconocimiento de la finalidad de una doctrina, las autoridades han pretendido ver una incitación al motín, al incendio y á la destrucción, es decir, á actos delincuentes donde sólo había labor de investigación y organización societaria obrera.

Un folleto, que no es producción intelectual de ninguno de los compañeros que militamos en las filas de determinada escuela socialista, sino de Ramiro de Maeztu, conocido literato en el mundo de las letras; y hojas volantes donde se recomienda la solida-

ridad, el apoyo mútuo y la organización á los braceros del valle de Carabayllo, han sido suficientes pruebas para motivar la captura y el encarcelamiento de dos trabajadores pasando por sobre la personalidad del jurado de imprenta, que era el llamado por la ley á dictaminar si dichos artículos eran materia justificable.

La fantasía ardiente, malévola y desbocada de la prensa local, vió un complot sedicioso, dinamitero y de extensas ramificaciones, en lo que sólo fué un simple llamamiento á la solidaridad de los peones agrícolas.

Y fueron esas hojas sin principios ni honradez profesional, sin otro ideal ni otra razón de ser que la granjería y el encumbramiento personal que consintieron siempre con su actitud y criminal silencio legicidios vituperables, contratos leoninos, despilfarros escandalosos de los dineros fiscales, asaltos á imprentas, alianamientos bochornosos y masacres horrosas, actos nefandos perpetrados en horas de extravío y de pasión;

Fueron esas hojas, repetimos, las que con insistente y criminal intención dieran matevolas, fantásticas y perjudiciales versiones. Inmóvil tarea de daño á hombres y doctrina. Vano intento.

Contribuir á que se encarcele á un puñado de hombres y obligarles á callar, no prueba que haya generosidad ni que asista la justicia, sino que se dispone de la fuerza.

Lima, setiembre de 1914.

M. ELÍAS MENDIOLA.

A EVANGELINA

Quando yo era aún muy niño, solía ser frecuentemente acariciado por un señor extra en casa de mis padres; cuánto lo quería yo por los bombones que me traía! Y presumo que mi padre, por óir juicios adversos á los suyos, á ostentía largas conversaciones con aquél, sobre los enemigos de la santa Iglesia. En tales conversaciones, solía decir, aquel mi amigo: La humanidad se pierde por su culpa; se extravía, trastorna y renloquece. Ya no se presta oídos á las causas nobles, sino que por el contrario, el espíritu del mal, alojándose en algunos buenos hijos de Dios, los induce á ser guías de las multitudes, sin acordarse de que el único capaz de guiar á los hombres fue Cristo, y como él sus discípulos.

"Esas desgraciadas víctimas que

yas faltas han sido perdonadas con sentimiento de Luzbel, hoy podrían decirnos, si á dios pluguiera, cuán arrepentidos están, cuán cortos de inteligencia fueran en vida, para no descubrir en la religión católica, todos los medios de satisfacción humana. Porque en ella, que es el corolario de todos los conocimientos habidos y por haber, hallan conformidad todos, sin excepción de ninguno.

"Extraviados y locos fueron, pues, Corpégnico; Galileo y Giordano, Lutero, Cayvino y Meslier, Voltaire, Rousseau y Michelet, todos ellos dignos de residir en un manicomio".

Esto decía aquel católico, apotético romano, que gustaba fratar de locos á los reformadores; y hoy, que ya conozco por qué se dicen muchas cosas *inconvenientes*, me permito criticar algunos de los conceptos vertidos por Evangelina en el número anterior de "La Protesta". No por que en ellos se trate de locos á los anarquistas, expresión que el vulgo aplica á quienes dejan de ser rutinarios, sino, por decir que "el anarquismo es fruto de la locura, que en gendra la desesperación, y el abandono en que viven los que desesperan de dios y de los hombres".

Declaración esta, que como las del anterior, es del todo equivocada. Ante todo, diré que nosotros los anarquistas, nos denominamos así, como nos podríamos denominar con cualquier otro vocablo; y lo único que hay de análogo entre este y nuestra pretensión consiste, en que queremos destruir un orden viejo y perjudicial para implantar otro, moderno y bueno.

Así Giordano, Darwin, Edisson Carlos Marx y muchos otros aunque no se hayan titulado anarquistas, para nosotros lo han sido; puesto que el primero destruyó el falso firmamento, el segundo pulverizó la obra maestra de dios, *el hombre de barro*, con su descripción sobre el origen de las especies; el tercero, por inventar aparatos para la enseñanza gráfica, y el cuarto, por presentarnos un estimable trabajo sobre economía política. Es verdad que las masas oprimidas aceptan inmediatamente la nueva doctrina, pero no es lo mismo decir que de ellos haya nacido. Si la aceptan, es por comprender cuán benéfico es para cada uno conocer las necesidades generales y gobernarse particularmente conforme á ellas sin delegar su libertad y su derecho en otro hombre que hará, como ha sucedido y sucede, lo que le convenga á él, y nunca lo que sea de interés general.

Hacer uso de una moral que convenga á sus necesidades físicas é intelectuales, sin sujetarse á la impuesta por los sofismas de gobierno y religión. Disfrutar cada cual según sus necesidades y producir según sus fuerzas, en vez de suprimir los que todo lo producen bajo la tutela de los parásitos que to lo lo consumen sin producir nada. En vez de una educación depurante como la actual, la enseñanza racionalista de fenómenos y cosas. En vez de rendir en culto al despilfarro y al fausto, rendirselo á la tranquilidad general; pero todo esto ó pensado, teorizado y sostenido en todo campo, como la concepción más elevada en pró del

bien común, es obra exclusiva de hombres bien capacitados y notablemente altruistas.

Ello significa, la redención humana; no la redención de un pueblo al divinizar á Jesús, á aquel sofista inconsciente, último acápite en la historia de los judíos, sino la redención de toda la humanidad por medio del poder científico.

Es raro que Evangelina, dividiendo la sociedad en más intelectuales y menos intelectuales, coloque á los primeros como ricos y explotadores, y á los segundos como explotados.

Un hombre intelectual, no tiene el exclusivo propósito de hacerse rico, esa es obra de plebeyos incapacitados, sin más cerebro que para traficar mercancías; por eso el altruista, desprecia una labor tan indigna, dedicándose á gozar con el resultado de las profundas labores del pensamiento. Nadie dirá que Edison, Marconi, Reclus, Sócrates ó Wagner, fueron menos intelectuales que Rostchild, Cresco Krup y Morgan; y la virtud, honrra y gloria del hombre, como dice Evangelina, no es más que el lógico resultado de la impiedad triunfante, que en boca de católicos y filántropos exhibicionistas, equivale á que los grandes usurpatores de ayer y hoy sean considerados como hermosas almas dignas de ejemplo.

Es lamentable que muchos escritores no conozcan ó no quieran declarar cuál es el verdadero valor histórico de la época actual, época de sofismas y convencionalismos, de mentiras y simulaciones; época de apogeo para las falsas doctrinas, en que la política y la casuística marcan el más alto grado de corrupción social; hoy que, aparte de esos dos grandes focos de descomposición, llamados religión y gobierno, no nos quedan más que los *locos*, los *ilusos*, los *exóticos*, nosotros que somos los únicos que sin tacha laboramos en pró del anarquismo, seguros de que si no triunfamos hoy, triunfarán mañana nuestros hijos, conducidos siempre por la brújula de la ciencia, y obligados á actuar bajo el anhelo de libertad y por la fuerza incontrastable de nuestras necesidades, que son fuente de derecho.

DANIEL ANTUÑANO.

Fundamentos del Ideal Anarquista EXPOSICION

1.—Las religiones son hipótesis sobre la creación del mundo y la existencia de los hombres.

Estas hipótesis han sido declaradas absurdas por la conciencia, y comprobada su inexactitud por la ciencia.

Las religiones son innecesarias para el desenvolvimiento del hombre.

Las religiones han servido para que unos hombres engañen y exploten—y hasta torturen y maten—á otros hombres.

Por eso los anarquistas somos irreligiosos.

2.—El trabajo en sus dos formas, manual é intelectual, es el creador de todo cuanto existe,

La apropiación que los que no producen nada—propietarios, capitalistas, políticos, sacerdotes, militares, etc.—hacen de la mayor parte del producto de los obreros del músculo, es una iniquidad, una injusticia y un robo.

El capital es trabajo acumulado, mejor dicho, es trabajo no retribuido a los productores de ayer, de hoy y de siempre.

Los anarquistas protestamos contra esa explotación inicua, y aspiramos a un régimen social en el cual no haya explotadores ni explotados, y en el que sea reintegrada a la humanidad, la riqueza de origen social, que colectivamente detentan los llamados capitalistas.

3.—El gobierno es un organismo improductivo, que consume y nada crea, y cuya única misión consiste en asegurar el privilegio de los capitalistas para explotar a los productores.

Así, manteniendo ese privilegio se aprovecha el igualmente de los beneficios de la producción, haciendo más angustiosa aún la vida de los productores.

Por ser, pues, inútil para el florecimiento de la vida, en sus facetas material, moral, intelectual y artística, somos los anarquistas enemigos del gobierno, al par que por servir únicamente para mantener la explotación capitalista.

4.—Siendo la política un semillero de ambiciones y no aspirando los políticos a otra cosa que no sea sustituirse unos a otros en los empleos públicos, recurriendo para ello a todos los recursos, hasta a los más innobles y brutales, los anarquistas nos declaramos antipolíticos.

5.—La ley no impide los delitos. Estos se producen a pesar de ella, y cuando la ley no es eludida hábilmente por la fuga del delincuente ó por la venalidad de policías, jueces, carceleros y gobernantes, tan sólo sirve para castigar, ferocemente a los llamados criminales.

Convencidos de que las leyes sólo tienden a favorecer el privilegio de los parásitos sociales—políticos, gobernantes, capitalistas, curas, etc.—y de que ellas no impiden la delincuencia, y convencidos de que el delito tiene sus causas en la miseria y escasa ilustración del pueblo y en factores de orden fisiológico que la ley es incapaz de modificar, los anarquistas nos declaramos adversarios de toda legislación.

6.—La patria es una creación arbitraria de los gobernantes.

El hombre no elige el punto de su nacimiento, y lo mismo crece en las heladas regiones de Groenlandia que en las tórridas del Ecuador. La división de la Tierra en nacionalidades no responde a ningún fin práctico; y crea en cambio un valor moral que es perfectamente inmoral.

El nacer aquí ó más allá, no es una razón para odiar y considerarse enemigo del que nació en otro punto, así como tampoco es una razón para amar a los hombres que han nacido en la misma región, y que a lo mejor nos pueden ser más antipáticos y perjudiciales que los nacidos a centenares de leguas de distancia.

No tenemos motivo alguno para aborrecer a los japoneses, y en cambio lo tenemos muy grande para odiar al gobernante de nuestro país que nos oprime, y al patrón que nos explota.

No respondiendo a nada necesaria, práctico y útil la división del mundo en patrias, y siendo, al revés, causa de conflictos, guerras y semillero de odios, los anarquistas proclamamos la abolición de las patrias, para que los hombres todos se consideren como lo que son; miembros de una misma especie, cuya nación es, la Tierra,

SINTESES

Los anarquistas queremos una sociedad en que cada hombre se gobierne a sí mismo y en la que los medios de producción estén al alcance de todos los hombres.

Anarquía es la vida libre, sin que política, moral ni económicamente un hombre predomine sobre otro.

NO QUERRAMOS SER OPRISORES NI OPRIMIDOS: POR ESO SOMOS ANARQUISTAS.

Las virtudes del militarismo

No estuvo mejor acertado Anatole France al afirmar que "el ejército es la escuela del crimen", ni pudo decir mejor verdad el valiente periodista Rochefort, al escribir estas frases lapidarias: "no se abraza el estado militar más que con el propósito de matar hombres, y cuando no se puede matar los de otras naciones, se extermina a los propios hermanos."

Las hazañas del militarismo en el Perú, vienen a corroborar una vez más esas irrefutables verdades.

La huelga de Chicama fué sofocada por las ametralladoras y los fusiles de una soldadesca ávida de sangre. Después, en Zaña, los indígenas defendiendo sus terruños, son atropellados por un oficial que con sus soldados, hiere, mata, tortura y encarcela a mujeres y hombres, jóvenes y ancianos. Y estos crímenes que sucedieron el 4 de mayo del año pasado, vuelven a repetirse actualmente, bajo el imperio terrorista del gobernador don Abraham del Portal, quien en unión de su hermano, que ostenta el grado de alférez, siembra el pánico con sus disparos de armas de fuego, una vez entrada la noche, obligando al vecindario a cerrar sus puertas. Esto da lugar a que esas autoridades y sus secuaces se entreguen libremente a sus fechorías. No sólo se apoderan de las aves de corral, del ganado vacuno y caballar de algunos indígenas, sino que penetran a los domicilios, maltratan a sus moradores y roban a las mujeres que les place. A la señora Filipa González, se le da una sableadura y se la encarcela, porque su menor hijo no llevó agua para el uso doméstico del señor gobernador. Este tiene al servicio de su mujer varios hombres a quienes paga con dinero del estado. Samuel Alva, otro de la banda, no pudiendo saciar su apetito lujuriente en la mujer María Ruiz, la emprende contra ella a puñetadas dados ferocemente en el órgano genésico. El gendarme Aurelio Mejía, marido de la infeliz mujer protesta y clama justicia, y por ello logra que se le maltrate, se le ponga en la barra, y después se le dé de baja sin abonársele sus sueldos.

Nuestro corresponsal en Palpa nos refiere lo siguiente: El honrado obrero Valerio Román se enamoró de una agraciada joven por la que era correspondido. Una noche que ambos conversaban en casa de la joven, se presenta de improviso, el alférez de la gendarmería, y en tono altanero obliga a que Román abandone la casa. Román se niega a cumplir esa orden injustificada, y el oficial con una verga de toro alambreada ataca cobardemente al obrero, quien, fornido por la rudeza del trabajo, logra quitarle la verga y devolverle algunos surriagones, cuando se presentaban dos gendarmes

y el aguacil y la emprenden a palos y latigazos contra el pobre trabajador, quien con el cuerpo magullado y los brazos destrozados y sangrando, es apresado y sometido a la inquisitorial justicia militar. Mientras tanto, los verdugos pasean libremente. Son militares y autoridades, y llevan consigo la impunidad de sus crímenes y abusos.

Mas, todos estos hechos delictivos, que con frecuencia se cometen en los pueblos del Perú, son nada al lado de la horrenda *masacre del Napo*, término fiel de lo que es el militarismo.

El espíritu militar que consiste en saquear, incendiar, violar mujeres y matar, se rebeló contra sí mismo al no tener ocasión para asesinar indefensos huelguistas como, en Chicama. Se fusiló a una cuantas decenas de soldados, porque el "hambre y la desnudez" les obligó a reclamar el pago de sus haberes.

Esta infamia nos hace recordar a Saturno devorando a sus propios hijos. Esas son las virtudes del militarismo. Se arranca del seno de la familia a jóvenes robustos, llenos de vigor y de amor al trabajo, deseosos de procurarse su felicidad; se les hunde en el cuartel-antro del desenfrenado vicio en todas sus formas, y después de tres años, se devuelve a esa juventud, flor de la humanidad, sífilítica, corrompida, perezosa, depravada y sanguinaria cuando no se la fusila—como en el Napo—por haber asomado en sus conciencias el preciado don de la dignidad del hombre.

Todas las glorias del ejército, todo el honor del ejército, la nobleza caballeresca de la honrosa carrera militar, han sido así formadas. La historia del militarismo está escrita con mares de sangre humana, con plumas forjadas en el fuego de los incendios producidos por la soldadesca, con letras formadas por innumerables cadáveres putrefactos abandonados en los campos de batalla. Es toda una historia horripilante, macabra, de muerte, horfandad, desolación, luto, vergüenza é ignominia.

En vano se quiere rodear al ejército con una aureola de prestigio y con ribetes de arte y de ciencia.

Mucho se ha censurado a los militares de la escuela antigua por su ignorancia, sus tropelías y depredaciones en sus infinitas revueltas.

Sin embargo, ninguno de esos viejos soldados cometió las masacres de Chicama y el Napo, ordenadas por coroneles de la nueva escuela.

Y es que el mal tiene su origen en la misma institución militar. Es ella, la que con sus disciplinadas enseñanzas de odio y sus vicios, despierta y desarrolla en el hombre los instintos bestiales y salvajes. Podemos decir que el militarismo es el vandalismo caujca dentro de la civilización contemporánea. Es una lacra repugnante y grosera que lleva a la humanidad, como un baldón de vilipendio vergonzoso.

Es una impostura, un error gravísimo querer sostener la paz de las naciones con el incremento del ejército y sus armas de combate. Así sólo se consigue adiestrar fieras en el manejo de los elementos de destrucción y muerte, dispuestas a destruir carne humana.

No somos de los que piden castigo para los masacradores, porque estos cuentan de antemano con la impunidad y hasta con la recompensa. Pero, no podemos silenciar ante la barbarie militar que recurre fieramente. Y por eso protestamos ante la horrenda masacre del Napo que ha herido nuestros sentimientos de libertarios.

AMADOR GÓMEZ.

LA HUELGA DE INQUILINOS

El cúmulo de calamidades, consecuencia ineludible de la guerra actual, ha venido a ahondar más la aflictiva y desesperante situación de los proletarios, víctimas expiatorias del imperialismo brutal y del afán conquistador de los amos del mundo.

Si en épocas normales la vida del proletario, sometida a las arbitrariedades del capital, es un problema de difícil solución, bien se puede comprender a qué grado llegarán esas dificultades en estos momentos de paralización forzosa del trabajo y de las industrias.

Ha sido esta situación aflictiva la que ha hecho surgir espontáneamente una demanda justa y fundada contra la explotación de los propietarios de fincas. Bien sabido es que el precio de los alquileres ha ido aumentando de día en día en proporción descomunal, sin que a dicho aumento haya correspondido mejora alguna en las condiciones de comodidad é higiene, de las cuales, por regla general, carecen las casas de Lima. El capricho, el afán desmedido de lucro y la usura de los propietarios han sido las únicas causas determinantes de semejante aumento, que desgraciadamente tenía que ir creciendo, dado que la explotación posee la triste virtud de ser insaciable, y de avivar más y más el apetito de lucro sin que en este caso hayan chocado esos explotadores inescrupulosos con ningún género de resistencia por parte de los damnificados que unánimemente se han resignado a ser víctimas sacrificadas a la sed de oro de los propietarios.

Si la propiedad capitalista por sí misma carece de fundamento; si fuera del hecho brutal de la apropiación violenta, realizada por medio de la fuerza ó de la argucia y en perjuicio de los débiles, no hay razón moral ni consideración de bienestar social que la justifique ¿se da aún que los acaparadores de ella, no satisfechos con las pingües ventajas de su usurpación, quieran agravar más la condición triste y miserable de los desposeídos, para cebar sus apetitos en la miseria obligada de los desgraciados, y arrancar el último recurso a esos desdichados que si la naturaleza hizo hombres, ellos convirtieron en esclavos? La injusticia de tal estado de cosas es tan real y evidente en su existencia, ahí donde la propiedad capitalista y su compañera inseparable—la explotación—han consolidado sus dominios, porque no son ni la justicia ni la moralidad las que inspiran al propietario incapaz por naturaleza de tales sentimientos; é impotente para concebir esos principios desde otro punto de vista que el interés y la explotación, los propietarios de finca hasta hoy no han hecho otra cosa que activar sin obstáculo para ello, ese brutal proceso de explotación, sin que bajo ningún aspecto puedan encontrar siquiera las fingidas é hipocritas razones por medio de las cuales la especulación intenta dar visos de justicia y de necesidad a su labor iníca.

Todos vemos cómo la propiedad inmueble aumenta día a día de valor, y por consiguiente el capital que ella representa obtiene, sin más que la acción gratuita del tiempo, el interés y la productividad en cuyo nombre se explota al oprimido en los otros géneros de industrias. Vemos cómo en relación a las utilidades son reducidas las gabelas y los gravámenes que pesan sobre la propiedad, y que a pesar de esto, son los inquilinos los que en último

término los sufren, por cuanto ellos se incluyen indefectiblemente en el precio de arriendo.

Vemos cómo en esta forma de explotación no puede el propietario reclamar el producto del decantado trabajo particular de dirección, tan invocado y tan apreciado en las demás industrias. Vemos que el capitalista propietario de fincas jamás sufre la menor pérdida por cuanto su derecho está por demás garantizado con el embargo y otras trabas por el estilo, sin perjuicio de los actos de fuerza que impunemente realiza al amparo de su posición social. Vemos que está libre también de todos los riesgos, accidentes y desventajas que pueden amenazar las empresas, y en cuyo nombre se quiere justificar también la explotación con el decantado argumento de que si sólo el capital está expuesto a los daños, sólo él debe percibir las ganancias. Por el estilo podríamos seguir enumerando todas las ventajas y los privilegios de que goza esta clase especial de capitalistas, y después de todo nos preguntamos: ¿Hay derecho para cobrar precios subidos, y no contentos con esto ir aumentándolos de tiempo en tiempo? La injusticia y la especulación no pueden ser más vergonzosas; serían tal vez un tanto disimulables, si al menos se dedicara una parte considerable de las grandes ganancias a reparar ó asear de vez en cuando las casas, en su mayor parte inmundas. ¿Puede ser más lamentable el estado de los callejones y casas de vecindad, donde, aparte la estrechez de las habitaciones, hay carencia absoluta de ventilación y de luz; donde no hay sino uno, ó á lo más dos pequeños caños para abastecer por lo menos á ochenta ó cien inquilinos, y en los cuales el agua corre á determinadas horas del día; donde cada desagüadero es un foco de infección, y cada recoveco ó esquina un pequeño invidiar, y donde una atmósfera húmeda y hedionda predispone á todas las enfermedades y epidemias?

Pero nada de esto llama la atención de nuestros celosos ediles, que se hacen los desentendidos á fin de no ponerse en pugna con algún senador ó diputado; ni aquellas inmundicias, ni esa lamentable falta de higiene constituyen impedimento para que se cobren los precios más exorbitantes, y para que la pobre cocinera, que apenas gana doce soles, tenga que pagar por una casucha de las más asquerosas, por lo menos las dos terceras partes de su renta precaria, dado que hoy no se consigue un cuarto de callejón por menos de ocho soles mensuales. Toda esta inicua explotación sólo se justifica, porque es indispensable para que el capitalista viva regaladamente; es necesario que el desdichado pague con exceso por vivir miserablemente, para que el señor dueño de fincas pueda habitar palacetes y adornar lujosamente, no uno, sino tres ó cuatro salones de todos los colores y al estilo de todos los Luises habidos y por haber.

Y es en esos lugares malsanos é insalubres donde la niñez del proletariado se cria. Faltos de luz y de espacio para sus juegos infantiles, cobijado su espíritu aún antes de desarrollarse, sin otra distracción que enfiangarse en los charcos y desparramar las basuras, los que no sucumben crecen decrepitos y anémicos, víctimas desde su infancia de la despiadada explotación.

En vista de todas estas consideraciones, sólo es de lamentar que los trabajadores no tengan hoy materialmente cómo atender al pago de ese inhumano tributo, para haberse dado cuenta de este orden de cosas, y para entrar por un camino que ya debían haber recorri-

do antes de ahora y sin necesidad de complicaciones internacionales, poniendo límite á los desmanes de esos explotadores sin entrañas. Pues bien ¿con cuánta mayor razón no podremos exigir ahora, en tiempo de crisis, un pequeño palatavo, indispensable y necesario aún en épocas normales? No puede ser más justa y laudable la campaña emprendida para conseguir la rebaja de los alquileres. Era natural que los propietarios se negasen á acceder en lo menor; es de extrañar por el contrario que, alegando el malestar económico, no hayan pretendido subir otras veces los arrendamientos, é indudablemente lo hubieran hecho á no adelantarse el movimiento que comentamos, sin que por ello hubiesen experimentado el más mínimo grado de vergüenza, que el explotador, criminal y desalmado por naturaleza, tiene negras la sangre y el alma. No hay, pues, otro remedio que procurar que la huelga decretada tenga el éxito debido. Con lo que cada cual ha pagado hasta ahora por arrendamientos podíamos haber adquirido á perpetuidad tres y hasta cuatro de las miserables habitaciones que comúnmente nos albergan, y podíamos así estar libres de esa gabela, no por dos meses ni por dos años, sino por todo el resto de nuestras vidas. Y una vez que terminase este estado de crisis, no vayamos á pagar lo que la insaciable codicia de los propietarios ha tenido á bien exigirnos, sin considerar antes si es digno el que nos dejemos explotar tranquilamente, y si es justo que se nos arrebate la mayor parte de la escasa retribución de nuestro trabajo, por habitar una fétida covacha, en la cual estamos expuestos á todos los peligros y sujetos á á todas las calamidades.

Derechos nos sobra, unámonos para la huelga, y tendremos la fuerza necesaria para imponerla.

ERASMO ROCA.

Belis Morte

Entre la atrofia de la conciencia esclava de la fuerza armada, y los gérmenes de la regeneración social; entre las tenebrosas sombras del pasado sintetizadas en una corona rapaz y las auroras del porvenir; se continúa librando un duelo á muerte que, á igual de una serie de círculos concéntricos, espasme su maléfica influencia de polo á polo de la tierra.

Para conocer el movimiento actual de la Europa es menester enlazar los hechos pasados con los presentes y á la vez, presumir lo que de esta inhumana manzanza puede derivar para el porvenir.

Guardadas por mucho tiempo de la manera más taimada todas las rencillas de los países beligerantes, han tenido buen cuidado los gobiernos de los respectivos países de acrecentar los rencores, para lanzar en oportuna ocasión la proclama bélica y destrozar á los pueblos ferocemente. Alemania, nación que después del fundamento de su unidad hecha con los retazos de Europa, se lanza en pos de operaciones más aventuradas en los mercados mundiales, logra al través de los años poseer una industria tan floreciente, en manos de una burguesía militar, cómo triste es la situación del proletariado que la elabora.

Inglaterra, que desde el desenvolvimiento potentísimo de su maquinaria amenaza dominar el mundo entero entretejiéndolo con una red de ferrocarriles y una casi inconcebible cantidad de vías marítimas;

entre estas dos potencias se trama ocultamente una invasión que, aunque llevada con sigilo, ha tiempo que un hedor de sangre inocente emanaba de sus cancillerías.

Y entre tratados que de tan secretos pasan á ser del dominio público, arrastran con ellas en su sed de oro á otras naciones ante las cuales es preciso que la civilización se postre y entone un himno de alabanzas, y comienza la cruenta lucha entre los representantes de las caducas caatas de origen divino—que, aunque decalcadas y flacas, aún tienen fuerzas para sostenerse—y los representantes de la libertad, no actual sino futura, que, siempre fuertes y vigorosos, no lo son aún suficientemente para imponerse.

Algunas naciones que se diezman, varias razas que se consumen, un imperio que se extinguirá, varios pueblos jóvenes en su forma actual que, con inhábiles gobiernos al frente, son ensangrentados buscando una mentida libertad—quimérica libertad que nunca hallan—éstos son los factores de la guerra que desde los Urales hasta el extremo occidental de Europa, se extiende como un azote. Cada prado una hoguera de cadáveres, cada quebrada un torrente de sangre, cada colina un monumento de vidas sacrificadas, cada arroyo un vertedero de despojos, cada pueblo un clamoroso de huérfanos, estos son los resultados de este azote bárbaro. El vandalismo, el pillaje, el robo, la violación en aras de una libertad de mito, ó de una conquista ambiciosa,—máscaras ambas del verdadero fin de la presente guerra,—emponzoñan el límpido horizonte del progreso, y un hecho claro se destaca en este laberíntico caos de cañones y metralla: la muerte irremediable del militarismo.

Pero, mientras tanto, la insaciable ambición del capital, parapepada tras la Bolsa habla al pueblo de dignidad nacional, de honor patrio, de laureles para la bandera, y este pueblo todavía crédulo y asaz ingenuo, parte para la guerra convertido en víctima propiciatoria por la patria, madrastra cruel que devora á sus hijos. En su eterna ceguera no ve este pueblo que nunca es más que el Juan-soldado de Campoamor, y que cada trincherita inexpugnable es un franco de alza en tal ó cual banco, que cada batería que tritura un ejército es una prima en este valor mercantil, así como el honor de una victoria es el alza de una compañía ó la vergüenza de una derrota es la quiebra bochornosa de un trust. Y el pueblo una y mil veces vendido, no se da cuenta que antes del rompimiento ya estaba decidida su suerte cuando los penitencionarios, en discretos visites, trataban de repartirse sus vestiduras y que, no habiendo encontrado fórmula de arreglo; se lanzan al abordaje para después del completo aniquilamiento del inocente gordero, nombrar otros que al fin se entiendan. El pueblo no ve esto, y por lo tanto no puede exigir que el epílogo se torne en prólogo, y no puede verlo, porque idiotizado con su fanatismo patrio presta oídos á las sonorías trompetas de la gloria, como si esta fuera algo más que las palabras que el poeta pone en boca de Diógenes: *la gloria capa del crimen; el crimen sin capa, el poder.*

La guerra, y permítasenos la frase, es la más alta concepción de la barbarie. Con la guerra, el corazón engendra celos, ambiciones, odios, represalias; no así con la paz, fuente inagotable de compasión, hermandad y todo cuanto une y confunde.

No ha pasado esto desapercibido para algunos altruistas que dieron comienzo á una labor de pacificación universal, tratando de resolver los asuntos internacionales en un arbitraje basado en los estrictos

principios del eterno derecho; pero la corrompida burguesía, engolfada en sus interminables protocolos en la Haya, han corrompido las enseñanzas de amor á la humanidad y pactó una paz de palacio que, como él, tenía que ser pomposa, que, como él, tenía que ser vana, que había de consumirse en sus propios y débiles reflejos, débiles como los destellos de sus escalinatas marmóreas por las que ha subido una peregrinación de vampiros en demanda de paz para su reino, llevando oculto el puñal bajo el blanco guante de la etiqueta.

¿Qué hace ese malhadado palacio que no se desploma y desaparece como la Jerusalén antigua, sin dejar piedra sobre piedra? Permanecer en pie es una caricajada histórica á la civilización, una diabólica sonrisa de excepticismo humanitario, más aún, es la mueca del ahorcado que estoicamente se burla de la vida.

Suerte y no poca será para la humanidad que el fantasma tótrico y amenazador de la guerra termine para siempre, y esto no tardará en hacerse esperar, si se considera que los hechos, á igual que los organismos, son hijos de una larga genealogía y que todo hecho capital se enlaza con otros hechos precedentes y sirve á su vez de engarce á otros hechos ulteriores por la ley lógica de la serie. El enlace de estos hechos diarios, con sus antecedentes y consecuentes, permite ver que así como se terminaron las guerras de caudillo á caudillo, de señor á señor, de ciudad á ciudad, concluirán las guerras de nación á nación; y que si alguna de estas naciones se resistiere, fuerte ante la avalancha gloriosa del derecho y de la justicia perpetuos, si no libertara á sus ciudadanos del yugo de la guerra, si admitiere el progreso como sistema y no como elemento de la libertad, si no cambiara sus arcaicas instituciones por exceso de conservadorismo, entregándose á la voluntad de un emperador omnipotente, ó sometiéndose al oráculo de sus cañones, desaparecerá como han desaparecido otros tantos castillos, corrompidos como sus serenos, ó fríos y mudos como sus esfinges, dejando en la historia, para baldón suyo, las siluetas de los Augustos, Nerones, Calígulas y Tiberios contemporáneos.

RICARDO LLORENTE.

EL SINDICALISMO

"La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los mismos trabajadores."

Un espíritu nuevo, de verdad y de justicia, invade con fuerza avasalladora todo el organismo social. Tiempo era ya que los trabajadores se dieran cuenta exacta de su misión; viviendo en la miseria más espantosa, víctimas de las intrigas políticas, ajenos á todo ideal de solidaridad, habían descurrido y dejado el camino de su emancipación. De aquí que sea necesaria é imprescindible la organización de las clases proletarias, guiadas por un concepto nuevo de lucha, sostenidas por un ideal superior de defensa social. El capitalista ahoga, con la omnipotencia de su dinero, las aspiraciones de los trabajadores; la "política" corrompe las mentalidades obreras, engañándolas en la farsa y en el interés puramente material, el Estado es órgano conservador y sostenedor de los bien hallados, no se preocupa ni le interesa la situación de los pobres, de los miserables; las clases privilegiadas degradándose día á

día caminan en la pendiente del error y del renunciamiento; la democracia es la mentira de la época presente; la miseria es a cada momento más aterradora; el sufrimiento universal un mito, ¿dónde buscar, entonces, el camino emancipador? ¿En las sociedades mutuales? ¿En el cooperativismo? No; instituciones arcaicas, de otra época y de otra edad, las sociedades mutuales, no representan el ideal de la sociedad trabajadora del presente. Es en el sindicalismo revolucionario, en donde se encuentra el concepto verdadero de la organización de los trabajadores; es en el sindicalismo donde la solidaridad obrera es verdad indiscutible, el amor hecho incontrovertible, y la comunidad de pensamientos y deseos aspiración real y evidente. Por sus métodos, el sindicalismo se separa del socialismo parlamentario, preconiza la lucha allí en el centro mismo de la producción, el reconocimiento de las necesidades y miserias por los mismos explotadores, sin necesidad de intermediarios, a quienes el asunto, no interesa; en fin, la *organización libre del trabajo*, he aquí lo que significa el verdadero sindicalismo.

El Estado se organiza, el capital forma grandes asociaciones para mejor explotar (por qué los trabajadores no se han de unir solidaria y mancomunadamente, oponiéndose con todas sus fuerzas, con todas sus energías, a la explotación de los de arriba? Tal desea el sindicalismo: unir a los trabajadores, bajo un concepto de resistencia, de lucha entre el que *todo lo puede* y el miserable que vende su trabajo, y al sostener como fundamento de su doctrina, la lucha, no hace sino reconocer una verdad que la Historia y la realidad nos enseñan. La lucha de clases es y ha sido el punto central, al rededor del cual gira toda la humanidad. Lo que diferencia a los hombres no es la raza sino el grupo, la clase a que pertenecen. Los encuentros entre ellos son la trama de la Historia. La lucha de clases es su síntesis suprema, la lucha por un derecho nuevo, por una justicia reparadora, por un ideal de verdad y armonía.

Las clases trabajadoras se encuentran hoy dominadas y subyugadas, si no por el exagerado industrialismo, cuando menos por la tiranía del Estado, que resume en sí el sentir de los privilegiados; ellas no pueden imprimir su ritmo de amor y de justicia al movimiento histórico, porque el patronato se impone dentro del taller con la disciplina de sus caprichos, exclavizando al obrero, convirtiéndolo en máquina accesoria del otro monstruo de hierro, exterminador de hombres y asesino de voluntades.

El sindicalismo reúne a los trabajadores, prolonga el taller, sustituyendo a la disciplina caprichosa del patrón la disciplina voluntaria y armónica de los hombres de trabajo; organiza el trabajo libre en la sociedad libre. Así unidos los proletarios, nace el grupo sindical, el sindicato, que responde de las necesidades, de las aspiraciones, de las preocupaciones trascendentales de su vida. No le guía ninguna idea pequeña, ningún sentimiento mezquino le anima, sino que, sostenido por la solidaridad, él se dirige no contra el determinado patrón, sino contra el *Patrón*, adquiriendo así un ideal social grande, hermoso y revolucionario, prescribe de su seno la contienda partidista, destruye todo pedáneo de encubramiento político, y sólo da acogida a los trabajadores, a los que sufren en la lucha diaria, a los que llevan sobre sí el "peso de cien siglos de explotación y de miseria." Extiende, por medio de las

federaciones, el ideal de la clase trabajadora, reuniendo a los obreros todos en la Confederación General del Trabajo, síntesis de los gremios sindicales.

El sindicalismo es, pues, el camino de los trabajadores; emancipándose de la monotonía pesada, despierta en ellos, la noción de la lucha, el concepto de la resistencia ante el despotismo del capital, frente a las tiranías del Estado, destruyendo con la solidaridad y con el empuje prepotente de sus asociados las mentiras del burgués y las cadenas del Estado.

La acción directa, como único medio, la huelga, el sabotage, el boicot, la simulación del trabajo, son las armas de que dispone el sindicalismo para conseguir la defensa de los trabajadores. La sumisión ciega, la mansedumbre anquiladora, el servilismo brutal, no; la libertad amplia, la justicia conseguida por medio del esfuerzo consciente, la emancipación como corolario de la victoria ganada con el sudor y la lágrima, con el dolor y la miseria. El pensamiento y la acción, la solidaridad y la armonía, el esfuerzo propio y colectivo, nada de posibilidad, ni de servilismo. El mañana será el reflejo de la lucha de hoy, la regeneración social dependerá del camino que sigan los proletarios.

La democracia burguesa no puede producir valores nuevos; los sistemas políticos corrompidos, van a la desparición. Sólo el sindicalismo, dando un valor nuevo de transformación social, se presenta como la organización del porvenir.

Preparar el sendero, es el deber de los trabajadores. Asociarse en sindicatos, bajo el concepto de resistencia, para reclamar, alta la frente y tranquila la conciencia, el derecho nuevo, es la obra de las clases proletarias. Sólo el sindicalismo guía al obrero hacia el nuevo ideal emancipador.

Abrazad, trabajadores, la doctrina sindicalista, y habréis dejado de ser los próceros de la Libertad y los parias del Derecho.

Lima, setiembre de 1914.

JUAN M. CARREÑO.

La voz de un Campesino

Una vez más tenemos que condenar el torpe y criminal régimen autoritario, que para vergüenza de la civilización, existe en pleno siglo veinte.

Cuando la troupe de acróbatas galoneados, y de levita, se adueñaron del poder, en el tristemente célebre revuelta del 4 de febrero se dijo que dicha revuelta era debida a que el gobierno pasado, no respetaba la constitución; que con el nuevo régimen se respetaría; pero, ¿se ha respetado? No. ¿Qué significó sino su violación la prisión arbitraria de nuestros compañeros Antuñano y Montoya secuestrados en una de las haciendas del valle de Carabayllo, en el momento en que nos demostraban a los trabajadores la triste situación en que nos encontramos, y los medios de poder reclamar ante nuestros verdugos, o patronos, algo de lo que por derecho nos corresponde; pues produciendo todo nada tenemos.

La captura de un anarquista, que hacía propaganda disociadora" de que nos hablan ciertos papelotes inmundos; nos ha despertado el sentimiento de odio que

sentimos hacia la burguesía, y de odio, decimos, porque en nuestro deseo de libertar a la humanidad oprimida es que la esclaviza.

¿Puede ser disociadora, la evocación de la verdad?

¿Qué obtienen los directores de esos diarios por sociedad?

A mi parecer: sociedad significa, reunión de individuos aislados, que se unen para deliberar lo que les ha menester. Entonces, la propaganda de nuestros compañeros no es, ni puede ser de disociación; si ellos se proponían reunir a todos los trabajadores del valle, en sociedad de resistencia para poder hacer frente a nuestros explotadores.

¿Y qué es esto? Asociación.

¿Qué indujo a las "autoridades" al apresar a nuestros compañeros?

¿No son "extranjeros" la mayor parte de los explotadores de este valle? A estas preguntas hay una respuesta y es que la burguesía no persigue sino un solo propósito: la explotación; y como desgraciadamente disponen de buenos sabuesos policiales, porque tienen dinero para pagarlos, van contra nosotros que protestamos de la explotación del hombre, por el hombre.

No nos quejamos, protestamos de la criminal arbitrariedad.

Pero pese a quien pese, se oponga quien se oponga, seguiremos adelante la propaganda empeza da, para probar a la burguesía que la idea no puede ser atajada con presidios.

Movimiento Obrero

A los Empleados domésticos

Indudablemente nuestro democrático siglo encarna una era de libertad, igualdad y justicia. Así lo repiten hasta desgastarse unos cuantos millares de necios, uniéndolo sus débiles voces a las de todos los satisfechos que en el actual desorden social hallan amparo.

Una nueva prueba de aquella afirmación estúpida, la tenemos en el arbitrario decreto últimamente abortado de la mediocre mollera de nuestro "señor Intendente", pretendiendo hacer obligatoria la inscripción y el registro de empleados domésticos, en condiciones que anulan nuestra dignidad y nuestra condición de hombres.

Se trataba nada menos que de tomarnos la ficha antropométrica, cosa que hasta ahora se aplicaba solamente para reconocer a los desgraciados, que determinados por múltiples causas, violan las leyes contra ellos dirigidas; y de retratarnos, para exhibirnos como a vulgares facinerosos en la poco recomendable galería policíaca. Después, en pago de todas esas "bellezas" querían obsequiarnos con una libreta que nos obligaría a ser todavía más serviles y más abyectos, puesto que en ella debería ser anotada la opinión de los patronos sobre nuestra conducta; y fácil es comprender que, en esas condiciones, estaríamos expuestos a toda clase de venganzas patronales, puesto que el empleado al retirarse de una casa, necesitaría llevarse consigo su libreta, y como casi siempre, el abandono de un trabajo suele tener como motivo, algún incidente habido entre patrón y empleado, lo corriente sería que los patronos nos obsequiaran con pésimas notas que quedarían grabadas como un estigma en la libreta, que ya en sí es un documento humillante;

y dada la estrechez de criterio de los patronos, era de esperarse que un empleado que en tales condiciones solicitara trabajo, sería hoy cotizado y conenado al hambre y a la miseria más negra.

Felizmente, el draconiano decreto cayó por la protesta unánime de todos los camaradas del ramo de domésticos.

De este movimiento salvador que nos ha dignificado, ha salido una corriente de solidaridad que precisa afianzar sólidamente. La organización de nuestra sociedad de resistencia, debe ser un hecho para defensores de las asechanzas de la autoridad, que siempre *querá* hacernos inscribir si nosotros nos descuidamos. Nuestra sociedad de Empleados Particulares "Unión y Lealtad", tiene un amplio programa que desarrollar en favor nuestro. Que no decaigan, pues, nuestros entusiasmos y nuestra solidaridad a fin de conseguir otros triunfos.

PEDRO CLUA.

Sindicato de Obreros Zapateros y Ancos.—En medio de esta situación angustiosa proveniente más que de la guerra europea, de los malos manejos de los gobiernos del país, los obreros de este ramo industrial, han principiado su organización de resistencia basada sobre orientaciones modernas de lucha, contra la explotación capitalista y de desarrollo cultural de los asociados.

¡Adelante obreros, zapateros!

EROGACION

PARA EL

PRESENTE NUMERO

El Inca (Lista atrazada) Arturo E., Murillo, Espinoza, Ulloa, Vallejos, D. D., diez cts. cada uno; Gamero, 20 cts.; Torres, 8 cts.; Urteaga, 6 cts.; Espinoza, 5 cts.; Escudero, 4 cts.; Donayre, 4 cts. Suman: S. 1.07.

Para el presente número.—Ramirez, Castaño, Ariarte, Rojas, diez cts. cada uno; A. Fajardo, 50 cts.; XX., 20 cts.; Reyes, 6 cts.; Donayre, 4 cts.; Suman: S. 1.20.

Obreros gráficos.—Rodríguez, Rivera, Pastor, Donayre, Espinoza, Diaz, diez cts. cada uno; Barrionuevo, 20 cts.; Sierra, 40 cts. Suman: S. 1.20.

Lista atrazada de Luz y Fer.—Alvarez, 14 cts.; Grosso, Mario, Guillermo, Grosso, diez cts. cada uno; Gutierrez, 30 cts.; Salcedo, 20 cts.; Lecca, 4 cts.; Luz y Fer. 20 cts. Suman: S. 1.28.

Obreros de la Aduana del Callao.—Para el N.º 30; S. 2.50. Para el N.º 31; S. 2.50. Para el presente, S. 1.01.

Lista de Luz y Fer.—Pachas, 40 cts.; Delgado, 0 cts.; Luz y Fer., 20 cts. Pacífico, 40 cts.; Brante, 20 cts.; Caicho, 0 cts.; Perez, 0 cts. Suman: S. 1.42.

Por venta de "La Batalla." S. 5.

GASTOS

Por impresión del pre número..... \$ 85.00
Por un trabajo de caja..... " 1.03
Por franqueo y correspondencia..... " 1.50
Por trescientos sobres..... " 1.00
Por casilla de julio a setiembre..... " 3.00
Déficit anterior..... " 48.59

RESUMEN

Gastos generales..... \$ 90.09
Entradas..... " 17.18
Déficit actual..... " 72.91

LA PROTESTA

Periódico obrero de propaganda anarquista

Precio de un ejemplar: 5 centavos. Para los compañeros, precio voluntario. A los Grupos y compañeros de Provincias, se les remite paquetes de 30 ejemplares por 60 centavos.

Imp. "Sport", San Carlos 862